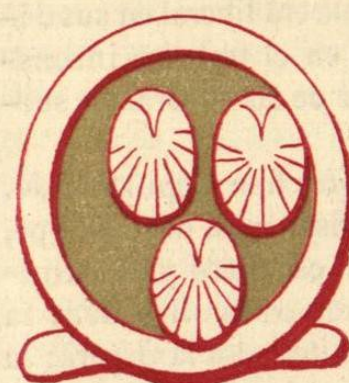


QUERÉTARO



A la edad de treinta y cuatro años que tenía Maximiliano en 1866, un príncipe de casa reinante sabe cinco idiomas, ha viajado por tres continentes, ha gobernado, ha combatido, ha sido almirante y candidato á un trono de primera categoría y á dos ó tres de países balcánicos ó ultramarinos; pero ignora una cosa en que son maestros los humildes que le aplauden como tipo extraordinario de la humanidad: el arte de caminar por el mundo sin el sostén de una Providencia. Hemos dicho que no estaba obligado el archiduque á lo imposible que se había pretendido de él; pero cuando Napoleón tomó el partido de retirar su cuerpo de ocupación, ya no se exigía de Maximiliano que continuase, sino que eligiese entre sostenerse por sí mismo, con las fuerzas del país, ó retirarse del puesto. No hemos hablado del abandono de Maximiliano como si se tratase de una EXPOSICIÓN DE INFANTE. Se ha discutido mucho si Napoleón dejó de cumplir un pacto, y de esto último se le acusa por los panegiristas de Maximiliano. Napoleón, tras las obligaciones contractuales que cumplió con exceso, no tenía la de inmolar su persona, su dinastía y su patria á un empeño romántico. Lo que se le puede reprochar, y le reprocharíamos, no es el abandono de Maximiliano, en el sentido de retirarle su apoyo, sino en el de haberle dejado para que su manifiesta incompetencia diese malas cuentas de los intereses pecuniarios franceses complicados en la empresa. Pero ni este reproche le hacemos, porque era muy difícil para él determinar el momento en que Maximiliano debería retirarse, y más difícil aún emplear para

esto la fuerza ó la astucia. Por lo demás, el gran error estaba consumado y era irreparable : se había contado con una potencia económica y con una capacidad tributadora que multiplicaba por dos la realidad, y no podía encontrarse un Gobierno republicano nacional que aceptase la sucesión del Imperio con una carga muerta de once millones anuales. Napoleón tenía, pues, que salir por la ventana, y su situación, abdicando Maximiliano, tenía que ser la misma que si éste se quedaba : dejar sus créditos sin garantía, repudiados por el Emperador ó no reconocidos por un Gobierno nacional. Maximiliano evitó que Bazaine se hubiera visto obligado á hacer entrega real del gobierno á Juárez, ya que ninguno de los jefes republicanos tenía la poca cordura que se necesitaba para quedarse como sucesor del Imperio.

¶ Para entender á conciencia los sucesos que trajeron el fin desastroso de Maximiliano, es indispensable buscarles encadenamiento en la psicología del príncipe. ¿Por qué se quedó Maximiliano en el país después de saber que no contaba con el apoyo de Francia? ¿Por qué marchó á Querétaro? ¿Por qué se encerró en esta plaza y sucumbió en ella? Todo esto se puede contestar sin vacilación después de saber quién era Maximiliano. Se le ha presentado como un tipo de paladín, aun por los republicanos enemigos del príncipe y de su gobierno. Se le ha deprimido, aun por los partidarios del Imperio, justamente resentidos contra el archiduque. Pero no necesitamos panegíricos ni diatribas, sino la fórmula de su carácter. No nos basta saber que murió con valor y que era liberal en sus dádivas; no nos basta saber que fué frívolo, desordenado en el trabajo, inconstante y desleal. Queremos saber de qué fondo inmutable de su naturaleza surgen las cualidades y las manchas de aquel carácter.

¶ Masseras hizo de él un retrato que todos los historiadores han popularizado. No lo reproduciremos. Los rasgos de que se compone la fisonomía del príncipe, según el periodista francés, son los instintos elevados del caballero y las extravagancias dispendiosas del ocioso; la sencillez degenerada en familiaridad; la rápida sucesión de afectos que no dejan rastro de los manifestados la víspera; la infidelidad á la palabra empeñada; la vaguedad de un espíritu incierto que no sabe fijar sus propósitos y que, ya inerte, ya enardecido, procede por determinaciones improvisadas, inoportunas y, en su mayor parte, impracticables, mal equilibradas y casi siempre sin efecto; la atención fluctuante, á menos que los gustos se sientan halagados; la incapacidad para un trabajo sostenido; el desorden completo en el despacho de los negocios, pues, con la palabra organización en los labios, todo lo desorganiza y principalmente lo que se refiere á los asuntos pecuniarios, careciendo como carece de la más rudimentaria capacidad para hacer cuentas.

¶ Lo que predomina en este que parece cuadro de síntomas, es la pereza del espíritu, la ausencia de fines en la conducta y la sensibilidad enfermiza. Es un emocional, y, como todos ellos, tiene la sensibilidad muy aguda, la inteligencia muy sutil, la actividad con alternativas de energía impetuosa y de abatimientos bruscos. Es un anormal, un enfermo. «A éstos no se les puede llamar caracteres, dice Malapert, sino en una acepción impropia de la palabra, pues que no

hay en ellos ni unidad, ni estabilidad, ni previsión posible de lo que harán en determinadas circunstancias. Son la negación del carácter, y todos los casos de este grupo son propiamente patológicos. Los principales tipos se encuentran entre los histéricos y aventureros, cuyas historias pueden resumirse en las siguientes notas : Precocidad, indisciplina en la casa paterna ó en las escuelas, ímpetus frecuentes, ineptitud para todo trabajo continuo, alternativas rápidas de la impetuosidad al tedio, ensayo de la actividad en todas las tareas y abandono inmediato de todas ellas; de lo que resulta que van á impulsos del azar y de las circunstancias á una catástrofe final. Las causas de esta inestabilidad pueden ser congénitas ó adquiridas. La fórmula que las resume y explica, es el INFANTILISMO PSICOLÓGICO. Los unos, no cesan de ser niños; otros, vuelven á la niñez.» ¶ Este contemplativo, profundamente reconcentrado y falso como Hamlet, egoísta, con un egoísmo de enfermo, va á presentarse todavía más contradictorio en la última fase de su vida. Ya hemos visto que juzgaba como una broma la retirada de las tropas francesas. Para sacarlo de su ensueño, hubiera sido necesario que Napoleón le dijera : «Me equivoqué y os he llevado á un despeñadero». Pero esto no podía decirlo Napoleón, que aun mantenía su fe en la riqueza del país. Sólo podía decir, y esto no lo diría por delicadeza : «Me equivoqué al aceptaros como regenerador de Méjico». Maximiliano insistió, pues, en atribuir la retirada de las tropas francesas á una intriga que no supo desbaratar su ministro Hidalgo, MUY AFRANCESADO PARA SER UN BUEN REPRESENTANTE DEL IMPERIO. Llamamiento de Hidalgo, desfavor, catástrofe de su influencia cuando dijo que el estado de la opinión en Francia exigía una declaración del Emperador sobre la retirada del ejército : «No hay que hacerse ilusiones, señor, agregó : amigos y enemigos de Napoleón, todos desean la vuelta del ejército francés». La verdad cayó tan mal en el espíritu de Maximiliano, para el cual la verdad era una ipecacuana, que habiendo solicitado de Hidalgo franqueza sin velos, «como si fuesen todavía, no soberano y ministro, sino los dos amigos de Miramar», le pagó la lealtad y la franqueza solicitadas ordenando á su libelista Doménech que lo atacara por la prensa.

¶ En sustitución de Hidalgo, fué Almonte á París para proponer un tratado secreto, según el cual seguirían en Méjico las tropas de ocupación durante tres años, al cabo de los cuales dejarían trenes y materiales á Maximiliano. Como compensación de estos servicios, el emperador de Méjico daría cinco millones de pesos anuales CUANDO LO PERMITIERA EL ESTADO DE SUS RENTAS. Almonte debería pedir la inmediata salida de los franceses, para demostrar el descontento de Maximiliano en el caso de que se le negase lo solicitado; pero por desgracia manióbró sin violencias y las negociaciones se trasladaron á Méjico. Decimos por desgracia, atendiendo á la sangre que hubiera economizado un rompimiento entre Napoleón y su pupilo.

¶ Indudablemente, la nota de M. Drouyn de Lhuys llenaba los requisitos para quitar toda esperanza. Hacía la historia de la expedición y sacaba de ella la consecuencia de que Maximiliano, por su culpa y por valerse de republicanos enemigos de Francia, ni había podido consolidar el orden, ni conservar el afecto de la nación que lo había favorecido con singular esmero. «El emperador Napoleón sentía sobre todo que se le reprodujese por conducto de Almonte una serie de proposiciones ya rechazadas otras veces por mil motivos. Después de las declaraciones francas, leales y explícitas del Gobierno francés, cuesta trabajo explicarse la persistencia de las ilusiones que contiene el proyecto.» Maximiliano sabía, como siempre, regañado, y más que nunca desairado. La nota era una carta de tutor que reclama por un comportamiento indebido. No le quedaba otra salida que la abdicación, puesto que se le amenazaba con la inmediata retirada de las tropas si no se accedía á garantizar desde luego las obligaciones contraídas y á dar principio de ejecución á su cumplimiento. Lo que pedía Napoleón era justo, aunque sólo fuera por pedirlo el que todo lo había dado sin compensación. De no acatar sus deseos, no quedaba, repetimos, otra salida que la de retirarse y abdicar. Pero Maximiliano entendía las cosas de otro modo. «Napoleón se burla de mí, dijo en presencia de testigos; existe una convención formal entre nosotros, sin la cual yo jamás habría aceptado el trono que se me garantizaba absolutamente con el auxilio de las tropas francesas hasta el fin de 1868.»

¶ Después de haber dicho esto y de creerlo, prueba de que no sabía lo que es un contrato, ni las obligaciones que le incumbían como signatario del convenio de Miramar, había tomado efectivamente la resolución de abdicar, cuando la emperatriz lo detuvo, en un arranque de la soberbia que la hacía tan poco amable y generosa.

¶ Esta obstinación era tanto más imprudente cuanto que, con la noticia del ultimátum de Napoleón, llegaba la de dos trascendentales ventajas alcanzadas por el general Escobedo en Tamaulipas, la derrota de Olivera en Santa Gertrudis y la capitulación de Matamoros. El mariscal, alarmado, salió para San Luis, y Maximiliano, en un acceso de rabia, se dedicó á escribir una funesta memoria contra el jefe del ejército francés, injusta, difamatoria y pérfida. Cuando Bazaine fué á despedirse de Maximiliano, se le negó la entrada.

¶ «De aquí á dos meses, decía Maximiliano, veremos quién de los dos está en situación más aflictiva.» Después de esta amenaza de Maximiliano, la emperatriz, portadora de la imbécil acusación contra Bazaine, y loca ya desde que salió de nuestra patria, fué á estrellar su razón en la roca del DULCE OBSTINADO que opuso á todos sus ruegos una resolución definitiva. Entretanto, el mariscal llegaba á San Luis y comprobaba la extensión del desastre. Sus cartas llegaron bien pronto á Méjico, en donde Maximiliano habría mandado que se tocara doble por el Imperio, si hubiera tenido el conocimiento de la vida que da la vida misma desde que comienza á madurar el juicio.

¶ La emperatriz se embarcaba el 13 de julio en Veracruz; el mariscal transcribía el 11 á Maximiliano estas noticias que le daba Douay: «El enemigo corta las comunicaciones con los puestos avanzados de caballería que vigilan todos los

puntos de tránsito. He formado una columna ligera para facilitar el paso de este despacho, custodiar los correos del Saltillo y recoger á los que están detenidos en Matehuala. Los acontecimientos del norte, la capitulación de Matamoros, la defección de Parras, la partida del general Mejía, la falta de fondos para pagar á las tropas de López y de Quiroga, la carencia absoluta de recursos en las arcas públicas, son razones que juntas mantienen la agitación y no pueden menos que aumentar la hostilidad de los pueblos.» El cuerpo belga sería la única fuerza europea que, á pesar de su desorganización, se dejaría en Monterrey. Los franceses no emprenderían campañas ofensivas en tanto que Maximiliano se negase á satisfacer los deseos que le había comunicado el ministro de Francia sobre un nuevo convenio que sustituyese al de Miramar. Maximiliano contestó: «Acepto lo que se me impone. Ahora, empezad vuestra marcha ofensiva. Tengo confianza en que llevaréis á término la obra impacientemente esperada de la pacificación general, en la que están comprometidas la palabra del emperador Napoleón y la consolidación del Imperio mejicano, del cual dependen los intereses más sagrados y aun la existencia de los residentes franceses.» Para comprometer más á Napoleón, entregó las carteras de Guerra y Hacienda al general Osmont y al intendente Friant; firmó el convenio Arroyo-Dano del 30 de julio; decretó el estado de sitio en Michoacán, Tuxpan, Tulancingo y Zacatlán, y anunció que aquella medida se extendería á todo el Imperio, para depositar un poder omnímodo en manos de comandantes militares franceses designados por Bazaine. Estas medidas, en armonía con la misión de la emperatriz, demostrarían que el Gobierno marchaba con sus GLORIOSOS ALIADOS.

¶ Los gloriosos aliados no se dejaron coger en la trampa. El nombramiento de los ministros fué desaprobado en París, con lo que se evitó el enojo de Washington, que reclamó, como había reclamado hacía poco por el envío de voluntarios austriacos, y estaba ya dispuesto á reclamar por todo. Los franceses evacuaban Monterrey y el Saltillo, sin acordarse de la campaña ofensiva contra los disidentes, que ofreció Bazaine, ó más bien que pareció haber ofrecido, pues no dijo que la emprendería, sino que antes de que Maximiliano firmase el arreglo con Dano, él no podría abrir nuevas campañas. Explicando su conducta, decía: «Por extremo que pueda parecer á primera vista el partido que he tomado al ordenar la desocupación de Monterrey y Saltillo, cada vez me convenzo más de que era necesario hacerlo así. En efecto, los pueblos no tienen simpatías por el nuevo orden de cosas establecido, y el país no ministraría recursos para sostener una guarnición suficiente que diese orden y seguridad. Las tropas que hubiera podido dejar en Monterrey, no habrían bastado para su propia seguridad y se habrían encontrado en una situación de aislamiento absoluto, funesto para la moral de los soldados y, tal vez, para la de los mismos oficiales. Hubiera sido indispensable tener frecuentes comunicaciones con esa guarnición por medio de fuertes columnas expedicionarias muy costosas. No era posible vacilar, desde cualquier punto de vista que se considerase la cuestión, ya fuese el político, el militar ó el hacendario. Por otra parte, esto permite reforzar las plazas situadas atrás y constituir, por decirlo así, una nueva línea de fronteras del norte,